



La creciente presencia de Rusia en el mercado de armamento latinoamericano

Mariano Bartolomé¹

Es bastante conocido, en los ámbitos hemisféricos de la Seguridad y la Defensa, que en la última década América Latina ha incrementado sus gastos en armamento, constituyéndose en un atractivo mercado para aquellos actores estatales y privados que proveen bienes y servicios en ese rubro. Las últimas cifras disponibles confirman ese posicionamiento: el Instituto de Investigaciones para la Paz de Estocolmo (SIPRI) informó que el gasto mundial en armamento alcanzó en el año 2012 un total de US\$ 1753 billones, cifra equivalente al 2,5% del Producto Bruto Global. Mientras estos guarismos indican que por primera vez en catorce años el gasto en armas decreció (un modesto 0,5% interanual), en el espacio sudamericano aumentaron un 4%.

A caballo de la persistencia de diferendos limítrofes irresueltos y “dilemas de la seguridad”, se ha asociado el incremento del gasto militar latinoamericano con la configuración de solapadas carreras armamentistas, sobre todo en las diádas Chile-Perú y Colombia-Venezuela. Una apreciación errada, a nuestro criterio, desde el momento en que una carrera armamentista supone una competición entre dos o más partes para lograr una supremacía militar real o aparente; en esta línea, no hay un objetivo absoluto, sólo el objetivo relativo de superar al otro competidor. Como hemos sostenido en trabajos anteriores, lo que sí se confirma en nuestro espacio geográfico son múltiples iniciativas armamentistas, que no es lo mismo que lo anterior y pueden ser entendidas como acciones que apuntan al incremento progresivo del número y/o la calidad de las armas que posee un país.

Como ya se ha dicho, el aumento del gasto latinoamericano en armamento como resultado de las políticas armamentistas aplicadas por muchos de sus miembros (donde Argentina brilla por su ausencia, incrementándose día a día el nivel de obsolescencia de su equipamiento) ha concitado la atención de fabricantes y *brokers* estatales y privados, tanto locales como exógenos. Junto a los proveedores tradicionales, nuevos actores despliegan sus esfuerzos para participar de esta oportunidad de negocios. Integran este listado

¹ Doctor en Relaciones Internacionales (Universidad del Salvador). Master en Sociología (ULZ /IVVVVE- Academia de Ciencias de la República Checa). Profesor en nivel doctoral en la Universidad del Salvador (USAL); en nivel de posgrado en la USAL, la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y la Escuela Superior de Guerra (ESG) del Ejército Argentino; y en nivel de grado en la Universidad de Belgrano (UB) y la Universidad Nacional de Lanús (UNLa) e investigador de la Escuela Superior de Guerra Conjunta de las Fuerzas Armadas.





China (cuyas principales ventas consisten en aviones de entrenamiento y radares) e Irán (a quien Venezuela le compró aviones no tripulados aptos para tareas de vigilancia remota y detección de misiles), entre otros países.

Sin embargo, indudablemente es Rusia quien en este contexto se consolida como un importante proveedor de armas para las Fuerzas Armadas latinoamericanas, especialmente en América del Sur. De acuerdo a fuentes de ese país, el monto de los sistemas de armas rusos comercializados durante el año 2013 en América Latina ascendió a US\$ 1500 millones aproximadamente. Y productos de ese origen ocupan un importante lugar en las más importantes exhibiciones regionales, como la Feria Internacional del Aire y del Espacio (FIDAE) que tradicionalmente se celebra en Santiago de Chile y la Feria Internacional de Defensa de Brasil, que se celebra desde inicios de siglo de manera ininterrumpida.

Sin lugar a dudas, la Venezuela de Chávez operó como gran puerta de entrada de las armas rusas a la región, aun cuando mucho tiempo antes Perú había adquirido carros blindados de combate y aviones de caza e interceptación de esa procedencia, en el marco de sus pujas con Chile. De acuerdo a algunas estimaciones, desde el inicio de la Revolución Bolivariana esa nación caribeña adquirió más de US\$ 15 mil millones en armamento ruso de diferente tipo, superando incluso a la India como cliente de Moscú.

Las compras venezolanas incluyen, entre otros conceptos, vehículos blindados de transporte de tropas a rueda BTR-80, que también se fabrican en Colombia bajo licencia; afustes antiaéreos bitubo ZU-23 (en su versión mejorada ZOM 1-4); aviones de caza biplaza polivalentes SU-30 Mk2; helicópteros artillados MI-35M (también en uso por Perú); vehículos de combate de infantería a oruga BMP-3, equipados en su mayoría con un cañón de 100 mm; sistemas misilísticos antiaéreos móviles de largo alcance S-300VM; aviones cuatrimotores de transporte IL-76; obuses autopropulsados 2S19 MSTA-S, y fusiles de precisión Dragunov.

Tanto del caso venezolano, como el de otros, parecen desprenderse tres factores centrales que inciden favorablemente en la adquisición de armamento ruso por parte de naciones latinoamericanas: por una parte, una conveniente relación calidad-precio; por otra parte, una relativa simplicidad de uso; finalmente, la certeza que servicios posteriores a la operación de compra en sí misma, como la adquisición de repuestos, las recorridas técnicas y eventuales modernizaciones, no estarán subordinados a criterios políticos por parte del fabricante. Es cierto que, en sentido inverso, conspiran contra mayores ventas rusas en la región dudas en cuanto a la provisión de repuestos y servicios de mantenimiento, como así también ciertas incompatibilidades que se plantean a partir de normas, medidas y estándares diferentes a los que suelen utilizarse en esta región; sólo como ejemplo, mientras la artillería antiaérea que emplean nuestras Fuerzas Armadas suele ser calibre 20mm o 25mm, las armas rusas en ese rubro tienen un calibre 23mm. Existen iniciativas rusas para salvar distancias en este sentido, y hacer que sus productos se adapten a criterios occidentales, sirviendo como ejemplo el nuevo avión de transporte ruso MS-21, que está equipado con turbinas estadounidenses.





Pero no sólo Venezuela ha adquirido armamento ruso en América Latina. Brasil, el principal comprador de armamentos de la región en la actualidad, también incorporó a su inventario una docena de helicópteros artillados MI-35M, que en el vecino país han sido denominados AH-2 Sabre; estas naves han sido destinadas a la región amazónica, donde se encuentran afectadas al control de fronteras y la lucha contra el narcotráfico. Más recientemente, adquirió en Rusia tres baterías (de seis unidades cada una) del sistema de defensa aérea PANTSIR-S1, que combina cañones y misiles. Durante el Campeonato Mundial de Fútbol que se desarrollará este año en suelo brasileño, las flamantes baterías antiaéreas serán desplegadas en cercanías de los estadios donde se dispute la competencia, de cara a eventuales ataques terroristas.

Aunque con operaciones mucho más modestas que las venezolanas o brasileñas, también han adquirido armas rusas muchas otras naciones latinoamericanas. Las aeronaves de ala fija y móvil se encuentran entre los productos más comercializados, al punto que a fines del año pasado Anatoli Antonov, viceministro ruso de Defensa, declaró que el único país latinoamericano que no tiene helicópteros rusos es Chile.

Incluso la Argentina cuenta con helicópteros rusos: dos unidades de transporte MI-17 que se emplean en las campañas antárticas. A caballo de la profunda modernización de los inventarios militares que más temprano que tarde deberá encarar la cartera de Defensa argentina, cuyo último programa de adquisiciones de magnitud data de los tempranos años 80, se especula con nuevas ventas a nuestro país por parte de Moscú. Favorecidas por la ausencia de información oficial sobre esta cuestión, las especulaciones incluyen aviones de combate, más helicópteros, sistemas antiaéreos y camiones. Incluso se ha mencionado la posibilidad de adquirir un rompehielos en Rusia, pese a que continúa la reparación del siniestrado "Almirante Irizar". Tras todas estas elucubraciones, un hecho está fuera de duda: hace ya una década Vladimir Putin y su contraparte local suscribieron un acuerdo marco de cooperación bilateral en materia de Defensa, y dos años más tarde los respectivos ministros de esa área exploraron diferentes iniciativas en ese sentido.

En resumen, en el marco de los crecientes gastos latinoamericanos en armamento, Rusia se ha posicionado como un importante proveedor de estos bienes, ocupando importantes porciones del mercado. Contribuye a este estado de cosas la permeabilidad de los gobiernos locales a efectuar adquisiciones en mercados no tradicionales. Aunque la razón principal de la proactiva política comercial que desempeña esa nación euroasiática en este sentido gira en torno a lo económico, sería naïve suponer que Moscú no intentará capitalizar esos acuerdos en términos de una mayor influencia política, un incremento del comercio bilateral en otros rubros, la generación de oportunidades de inversión e inclusive cierta presencia militar, de alto valor simbólico a pesar de sus limitadas dimensiones.

